

¿Hacia un quinto orden? Nuevo Orden Social y correlato psicosocial

Towards a Fifth Order? Social order and Psychosocial Correlate

Nicolás Armando Herrera-Farfán

Fundación Colectivo Frente Unido (Colombia)

Resumen. El presente trabajo aproxima una reflexión crítica del momento actual que atraviesa Colombia. Constituye parte de este esfuerzo la confrontación de las dos visiones que sobre el pasado y el presente se tienen en el país: la de las élites (“visión optimista”) y la de los “condenados de la tierra” y sus *antiélites* (“visión pesimista”). Desde la Psicología y la Sociología de la Liberación y con un compromiso ético-político se describen y analizan los elementos centrales que constituyen y definen el Nuevo Orden Social (NOS) que se viene estableciendo en Colombia y el impacto que genera en las estructuras psicosociales. Para ello se establecen las coordenadas teóricas de la naturaleza y dinámica de establecimiento de un NOS, luego se caracteriza el NOS que se está estableciendo en Colombia; y, finalmente, se esbozan algunos de los impactos que dicho Orden Social genera en las estructuras psicosociales del pueblo colombiano.

Palabras Clave: Nuevo Orden Social, estructuras psicosociales, Ideología, Carácter, Colombia.

Abstract. This text approaches a critical reflection on the moment that Colombia is currently going through. Part of this effort is constituted by the two visions that exist about the country's past and present: that of the elites ("optimistic vision") and that of the "condemned of the land" and their anti-elites ("pesimistic vision"). From the Liberation Psychology and Sociology, and with an ethical-political commitment, the central elements that constitute and define the New Social Order (NSO) that is being established in Colombia, and the impact that generates in the psycho-social structures, are described and analyzed. To do so, the theoretical coordenades of the nature and dynamic of a NSO establishment are presented, then the NSO which is being established in Colombia is characterized, and finally, some of the impacts that Social Order generates in the psycho-social structures of the Colombian people are outlined.

Keywords: New Social Order, psycho-social structured, ideology, character, Colombia.

A Camilo Torres, Orlando Fals Borda e Ignacio Martín-Baró, *in memoriam*. Al P. Javier Giraldo, nuestro Nacho, por tantos años de compromiso, ejemplo y amor eficaz.

No basta con preguntarse qué puede aportar la psicología para contribuir a resolver los problemas del pueblo colombiano (...) hay que preguntarse, más a fondo, (...) cuál es la imbricación entre psicología y poder, en el doble sentido de cuál es el poder de la psicología en Colombia y cuál es la psicología del poder colombiano.

Ignacio Martín-Baró

Sólo tiene derecho a encender en el pasado la chispa de la esperanza aquel historiador traspasado por la idea de que ni siquiera los muertos estarán a salvo del enemigo, si este vence.

Y este enemigo no ha dejado de vencer.

Walter Benjamin

Miradas sobre Colombia

Colombia tiene dos caras. La primera de ellas nos muestra su tradición civilista, democrática y electoral. Aparece gobernada mayoritariamente por civiles apegados a la Constitución y a las leyes, quienes han sabido respetar el juego político y han promovido reglas claras, transparentes y eficientes, de carácter universal y de aplicación imparcial. Junto a esta estabilidad institucional aparecen la estabilidad jurídica (que favorece marcos regulatorios estables para las personas y los mercados) y la estabilidad económica (que permitió el crecimiento sostenido a lo largo del siglo XX para garantizar el pago honroso de la deuda externa sin desmedro del desarrollo de planes y políticas que elevaron los indicadores en logros sociales. Este conjunto de “estabilidades” permitió la consolidación de una prensa libre e independiente, y el impulso de normativas que han favorecido la participación de las mujeres en cargos públicos y privados, y que posibilitaron que diversos ciudadanos y ciudadanas hayan alcanzado premios, honores y distinciones a nivel mundial en las artes, las ciencias y el deporte.

Esta “cara optimista” mira su propio pasado con ojos victoriosos, como una posibilidad para construir un marco explicativo y justificativo que favorezca la consolidación de las élites nacionales; mediante el planteamiento de cuatro objetivos busca establecer su visión de futuro a partir del año 2019 (Departamento Nacional de Planeación -DNP-, 2005).

La segunda cara contraría radicalmente la primera. El conjunto de “estabilidades” (institucional, jurídica y económica) es puesto en entredicho con notables argumentos. No se puede hablar de una tradición civilista, democrática y electoral cuando el sistema institucional está sostenido en un modelo castrense que ha recurrido a diversas estrategias coercitivas, represivas y punitivas para impedir la participación política y democrática de las mayorías populares. Esta “cara pesimista” es la que se advierte en todos los informes de Derechos Humanos: un país con una guerra endémica, con una crisis humanitaria profunda, con una diáspora cada vez mayor y con cifras vergonzantes de muertos y desaparecidos por razones políticas -las cifras son tan lacerantes que el propio Estado ha tenido que reconocerlas, aunque hábilmente encubra su responsabilidad (Grupo Memoria Histórica -GMH-, 2013)-. Como si esto fuera poco, el sistema electoral ha sido falseado una y otra vez en sus mecanismos (compra de votos) y en sus resultados (fraudes). E. Zuleta (1998) ya nos había advertido que estamos ante un sistema institucional restringido.

Diversos autores (Zuleta, 1998; Vega Cantor, 2002; Herrera Farfán, 2013a; Giraldo, 1996, 2003, 2004, 2009b; Proyecto Nunca Más, 2000; Cepeda y Girón, 2006; Barrero, 2008; Calvo Ospina, 2007; Organización Mundial contra la Tortura, 1992; NCOS, SAGO y otras, 1995; Velásquez, 1995; Villegas y Rivas, 1974) han señalado que la democracia colombiana se asienta sobre la intolerancia, el miedo y el terror impuesto por la clase dominante contra el conjunto de la población; de hecho, algunos la han adjetivizado como “genocida”, “enigmática” o “de hierro”. El pensador argentino L. Rozitchner (2011) escribió que una democracia abierta desde el terror instala una ley que simboliza la imposición del más fuerte sobre el más débil; este terror se adentra en los sujetos hasta convertirse en una suerte de “nudo simbólico”, de “cordón umbilical subjetivo”, que termina dando coherencia a la vida civil. Cuando las clases dominantes ejercen el terror sobre la subjetividad pretenden congelar, cuando no anular, el deseo de los oprimidos. Así las cosas, todo parece indicar que la “estabilidad institucional” está sostenida en pies de barro.

Sobre esta base se asienta un sistema jurídico dudoso, con un poder legislativo altamente cuestionado por su corrupción y un poder judicial desprestigiado y descreído por sus índices de ineficiencia e impunidad (Giraldo, 2009b). El propio Zuleta señaló el absurdo de pretender basar la “estabilidad jurídica” en la letra muerta de la Constitución y las leyes, cuando las relaciones sociales que establecen los hombres y mujeres transitan en la dirección contraria. Como corresponde, la estabilidad económica descansa sobre la estabilidad institucional y jurídica anteriormente descriptas. Esta economía en realidad sólo es estable para las élites locales, las empresas transnacionales y los dictados norteamericanos.

El pugilato entre estas dos visiones del pasado y del presente han tenido un largo recorrido a través de la historia, y han sabido encontrar a sus voceros y actores de una manera claramente establecida: mientras las élites han alzado las banderas de la “cara optimista”, el campo de los oprimidos y “condenados de la tierra” junto a sus *antiélites* han levantado la perspectiva de la “mirada pesimista”.

En el presente texto pretendemos aproximar unas reflexiones sobre el momento actual, desde una revisión crítica y una opción ética concreta: la de los oprimidos y empobrecidos, los “condenados” de la estirpe de los Buendía. Nos interesa analizar, desde la psicología social de la liberación, los elementos centrales que definen el Nuevo Orden Social (NOS) que se viene estableciendo en Colombia y el impacto que genera en las estructuras psicosociales.

La primera parte la dedicaremos a establecer las coordenadas teóricas de la naturaleza y dinámica para el establecimiento del Orden Social (OS), principalmente desde los aportes teóricos de la sociología de la liberación (Orlando Fals Borda) y la psicología de la liberación (Ignacio Martín-Baró). En la segunda parte nos concentraremos en la caracterización del NOS que se está estableciendo en Colombia; y, finalmente, nos dedicaremos a esbozar algunos de los impactos que el NOS genera en las estructuras psicosociales del pueblo colombiano.

El Orden Social en la mirada de la sociología y la psicología de la liberación.

En la obra “La subversión en Colombia”, Fals Borda (1967) analiza el proceso de cambio social en la historia nacional; para ello, y desde una perspectiva dialéctica, apela a distintas categorías sociológicas (Orden Social, Cambio Social, Subversión y *antiélites*).

Fals Borda refiere que un Orden Social establecido (tesis) siempre va a ser enfrentado por un proceso subversivo (antítesis); el resultado de esta confrontación será un Nuevo Orden Social (síntesis), el cual, mediante un período de ajuste y compulsión, se establecerá prontamente como Orden Social establecido, recomenzando el ciclo dialéctico de manera espiral. Ahora bien, dependiendo de la direccionalidad que tome la confrontación, el Nuevo Orden Social (NOS) será el producto de un acomodamiento del Orden Social establecido (tesis) que incorpora elementos residuales del proceso subversor (antítesis), o, por el contrario, será el resultado de una transformación radical a causa de la superioridad del proceso subversor (antítesis) sobre el Orden Social establecido (tesis).

Debemos señalar que el Orden Social establecido está sostenido por un conjunto de valores, normas, formas de organización social y tecnología disponible que se ha llamado *topía*. Por su parte, el proceso subversivo tiene una inspiración de futuro, una suerte de “estrategia mayor” que

permite adelantar el proceso de cambio social y económico en toda su amplitud; la *subversión* descubre las incongruencias que sostienen el *orden social establecido* a la luz de nuevas metas que una sociedad quiere alcanzar: la *utopía*. Por esta razón, sus promotores (subversores) sólo pretenden destruir aquello que consideran incongruente con sus ideales, para reconstruir la sociedad de acuerdo con nuevas normas y pautas (Herrera Farfán, 2013b); ellos representan la imagen futurista que los lleva a convertirse en “la conciencia de una colectividad que despierta y que lleva a todos a una inusitada aventura existencial” (Herrera-Farfán y López, 2013).

De acuerdo con Fals Borda, Colombia ha transitado por cuatro órdenes sociales (Aylico, Señorial, Social-Burgués y Burgués) que han sido impugnados por cuatro subversiones (cristiana, liberal, socialista y neosocialista) respectivamente (Tabla 1). El Orden que abre el análisis es el prehispánico (Aylico) establecido por lo muisca, que fue confrontado por la subversión cristiana (de utopía misional) durante la conquista, y al ganar (ha sido la única subversión triunfante) estableció el Orden Señorial. Por otra parte, el último orden social de la serie es el Orden Burgués establecido con el Frente Nacional en 1958 (luego del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán y del Período de “La Violencia”). En 1965 se inaugura el nuevo período subversivo, liderado por el Padre Camilo Torres Restrepo (véase, Fundación Colectivo Frente Unido, 2014), denominado neosocialista. Como el libro en mención fue editado en el año de 1967, el período subversor queda anunciado sin una fecha tentativa de cierre y sin vaticinar si sería triunfante o frustrado.

		1		2		3		4	
ORDEN SOCIAL		Aylico		Señorial		Social-Burgués		Burgués	
SUBVERSIÓN	TIPO		Cristiana		Liberal		Socialista		Neosocialista
	UTOPIÍA		Misional		Liberal		Socialista		Pluralista y raizal
PERÍODO HISTÓRICO		Pre-hispánico	Conquista	Metrópolis y República	Mitad del siglo XIX	1920-1950	Mitad del siglo XX	1965-...	

Tabla 1. Órdenes Sociales y Subversiones a lo largo de la historia de Colombia, según Fals Borda (1967/2008)

Desde un análisis psicosocial, planteamos que el establecimiento de un Nuevo Orden Social (NOS) entraña un proceso de redefiniciones en las dimensiones estética, ética, política, mnésica y cultural, que impacta en las estructuras social y subjetiva, durante el período de ajuste y compulsión. Una vez cristalizado el NOS se inicia su reproducción social y

su asimilación en la estructura subjetiva, garantizando una sintonía entre los “marcos” (o coordenadas) que permiten y facilitan la interpretación y significación de la vida cotidiana, entre el nivel sociohistórico y el nivel individual. Estos “marcos” pueden ser definidos como *estructura psicosocial* y se expresan en el nivel sociohistórico (*ideología*) y en el nivel individual (*carácter*).

Definimos la *ideología* como el conjunto de ideas y presupuestos de la vida cotidiana que rigen las conductas, decisiones o elecciones en cada grupo social, ofreciendo una interpretación de la realidad y suministrando esquemas prácticos de acción que justifican el orden social existente y lo legitiman como válido para todos. Esto quiere decir, que le confiere categoría de “natural” a lo que es simplemente histórico (Martin-Baro, 1983). Este proceso de *naturalización* del orden social que establece la ideología permite ocultar los intereses de las clases dominantes. Por otra parte, podemos definir el *carácter* como el conjunto de significaciones y disposiciones que “configura en un estilo los posibles comportamientos del sujeto, a los que impregna afectivamente y en los que se expresa significativamente” (Martin-Baró, 1998).

Para que se genere el correlato entre *ideología* y *carácter* es necesario un canal difusor que, a manera de correa de transmisión o vaso comunicante, establezca una relación entre ambas: el *sentido común*. Martín-Baró (1998) profundiza:

El sentido común está constituido por todos aquellos presupuestos que hacen posible la vida cotidiana, la interacción “normal” entre las personas, aquellos elementos que se asumen como obvios y por ello mismo nunca o rara vez se someten a cuestionamiento y revisión. Todo lo que en una sociedad se estima como “de sentido común” es identificado con “lo natural”, situándolo de esta manera por encima de las vicisitudes históricas. Cuando las exigencias objetivas de un sistema social logran articularse como exigencias subjetivas de sentido común que se traducen en hábitos, rutinas y roles esterotipados, puede afirmarse que ese sistema ha echado raíces.

En algunas ocasiones, la *ideología* puede llegar a moldear el *carácter* de los sujetos, determinando su pensamiento, necesidades y aspiraciones. Cuando esto sucede, se presentan isomorfismos (identidades) estructurales entre ambos; es decir, que el *carácter* de los sujetos responde a las necesidades y dictados de la *ideología* dominante. Este proceso, ha sido definido como “psicologización en el individuo de una determinada situación socio-histórica” (Martín-Baró, 1998), creando las condiciones subjetivas proclives a permitir y posibilitar la existencia de sociedades fuertemente represivas (Martín-Baró, 1998).

Dicho de otra manera, se establece un proceso de *alienación* (falsa conciencia) que legitima, reafirma y reproduce el régimen socio-político

dominante. Como puede verse, la *alienación* es una distorsión “entre la configuración de la realidad y su representación en la conciencia de los grupos y personas” (Martín-Baró, 1998). Un sujeto (individual o colectivo) con una subjetividad alienada no puede ser feliz, ya que el conjunto de sus comportamientos está prescrito: nada de lo que haga responde a su deseo o voluntad, sino a la interiorización de los mandatos de la ideología dominante. P. Freire (1970) afirmaba que la *alienación* llevaba a la inautenticidad, pues era una muestra palmaria que “la sombra del opresor” se “alojaba en el interior del oprimido”. El uso de la metáfora de “piel negra, máscaras blancas”, por parte de F. Fanon (1968) alude a lo mismo.

Entonces, podríamos afirmar con Martín-Baró, que todos los regímenes políticos necesitan “sintonizarse” con las necesidades subjetivas de la población y que, en algunos casos, requieren transformarla caracterialmente para subsistir (Martín-Baró, 1998). De esta manera, debería invertirse la tortilla de muchas de las responsabilidades y dejar de afirmar que “el pueblo tiene el gobierno que se merece” y pensar que “el gobierno moldeó el pueblo que necesita”.

El “Nuevo Orden Social”

En el año 2008, Fals Borda decidió revisar y actualizar su *magnum opus*, introduciendo un epílogo. En él hace un balance histórico desde la segunda mitad del siglo XX hasta los albores del siglo XXI. Como fruto de la revisión histórica, el maestro concluye que el ciclo subversivo (neosocialista) está llegando a su final, por lo que puede advertirse la inminencia del establecimiento del quinto orden social de la serie, el cual describe como un conjunto de “erupciones sucesivas” del magma-vida, como “muestras de cansancio ante los excesos guerreristas y paramilitares” (Fals Borda, 1967). Contrario a la evidencia del “clímax guerrerista” que comenzaba a deformar el *ethos cultural* a causa de la normalización de la violencia (Fals Borda, 1967), Fals Borda anuncia el nuevo orden social como el resultado del triunfo de la subversión, dando inicio al período de ajuste y compulsión que establecerá el Orden Social Neosocialista.

Coincidimos con el maestro en que durante los albores del siglo XXI se inició el período de ajuste y compulsión que daba por terminado el ciclo subversivo neosocialista, abriendo el camino para la instauración del Nuevo Orden Social (NOS). Sin embargo, ante las evidencias y dinámicas, nacionales y continentales, en términos sociopolíticos y militares, diferimos de su visión esperanzada del resultado. Creemos que Fals Borda se dejó llevar por sus convicciones profundas de luchador y supeditó al deseo su capacidad de análisis científico. Parafraseando a Gramsci, se vio arrastrado por el “optimismo de la voluntad”. En este sentido, a la luz del “pesimismo de la inteligencia” tenemos que señalar que el NOS que se

adviene es producto de la derrota de la subversión neosocialista, frente a la cual, como dijera Walter Benjamin (2007), ni siquiera los muertos estarán a salvo. Y como se ha demostrado que a cada derrota subversora la sucede un NOS más reaccionario, incorpore o no elementos de la estrategia fracasada, podemos afirmar que esta nueva derrota no parece ser la excepción.

Consideramos que desde finales de la década de 1990 y durante los primeros lustros del siglo XXI estamos atravesando el período de ajuste y compulsión y que el NOS se establecerá definitivamente hacia el año 2019, cuando Colombia conmemore su bicentenario de independencia, según lo planificado por la clase dominante en el año 2005 y publicado en el documento “Visión de Colombia II Centenario: 2019” (DNP, 2005). En el apartado titulado “Dinámica político-electoral” volveremos a referirnos al 2019 como *fecha límite* en este mismo sentido.

En nuestra consideración, existen cuatro rasgos fundamentales en cuatro campos que caracterizan el NOS. El primero de ellos está sobre el campo económico y se refiere a un segmento de la sociedad que logra insertarse adecuadamente en la economía de mercado caracterizada por la globalización, con actividades fundamentales en el extractivismo, el narcotráfico, la agroindustria, los biocombustibles, la especulación y la financiarización (Aristizábal, 2007). Estas élites económicas nacionales (tradicionales y emergentes) que en asocio con capitales transnacionales reordenan la vida institucional, jurídica, social y económica del país para favorecer sus propios intereses la denominamos *neoburguesía*. El segundo rasgo alude al campo político y se manifiesta en la consolidación de una preferencia política conservadora, que guarda un correlato con la dinámica de las instituciones; este rasgo que hemos llamado *conservadurismo*, puede ser definido como “corrimiento ideológico de derecha” con una contrapartida de descreimiento pleno. El tercer rasgo está asociado al campo social, el cual ha venido siendo progresivamente copado por la *militarización* y su lógica autoritaria. Finalmente, el cuarto rasgo del NOS está vinculado al campo cultural (estética y ética) que está definido por los lineamientos de una identidad social que gira alrededor del narcotráfico y las dinámicas mafiosas: nos referimos a la *cultura traqueta*. En conclusión, podemos definir al NOS como: Neoburgués-Conservador-Militarista-Mafioso (Tabla 2).

CAMPO ECONÓMICO <i>Neoburguesía</i>	CAMPO POLÍTICO <i>Conservadurismo</i>
CAMPO SOCIAL <i>Militarización</i>	CAMPO CULTURAL (ética y estética) <i>Cultura traqueta</i>

Tabla 2. Rasgos del NOS de acuerdo con su campo de incidencia.

En las siguientes líneas abordaremos el análisis de los rasgos del NOS en los diferentes campos, exceptuando el campo económico, que excede los límites de presente trabajo. Para una mejor descripción y comprensión veremos primero los campos político y social en una sola amalgama (socio-político) y, posteriormente abordaremos el campo cultural.

Rasgos socio-políticos: conservadurismo y militarización

En este apartado analizaremos de manera conjunta los rasgos referidos al campo político (conservadurismo) y al social (militarización), pues consideramos que pueden agruparse en torno a un elemento común (supra-rasgo) que definimos como *corrimiento ideológico de derechas*. Este “supra-rasgo” se manifiesta por medio de dos dinámicas: por un lado, a través de la cooptación reactiva de las instituciones, y del otro lado, mediante la dinámica político-electoral. Nuestras fuentes de información fundamental serán los resultados de la encuesta sobre favorabilidad institucional (Gallup, 2013) y el análisis diacrónico de los resultados electorales para Presidencia y Senado Nacional desde el año 2002 hasta la fecha, que se hallan disponibles en el portal electrónico de la Registraduría Nacional del Estado Civil de Colombia.

Cooptación reactiva de las instituciones

La encuesta adelantada por Gallup en el año 2003 presentaba una pregunta elemental: “¿Tiene usted una opinión favorable o desfavorable de...?” y seguidamente se exponía un listado de instituciones para que los encuestados dieran su opinión sobre cada una de ellas. Las cinco instituciones con mejores resultados fueron, en su orden, las Fuerzas Armadas, los medios de comunicación, la Policía Nacional, la Iglesia Católica y la Procuraduría General de la Nación. Por su parte, las dos instituciones peor calificadas fueron el Congreso Nacional y el Sistema Judicial (Tabla 3). ¡Qué extraña democracia!

INSTITUCIÓN	% FAVORABILIDAD
Fuerzas Armadas	80%
Medios de comunicación	71%
Policía	69%
Iglesia Católica	64%
Procuraduría	62%
Contraloría	62%
Fiscalía	55%
Congreso	28%
Sistema Judicial	27%

Tabla 3. Porcentajes de favorabilidad institucional

Rincón (en Gordillo y Federico, 2013) nos propone un análisis de los resultados para las Fuerzas Armadas (80%), los medios de comunicación (71%) y la Iglesia Católica (64%). Él asegura que hay que interpretarlos en función de las expectativas que posa la gente sobre estas tres instituciones; de esta manera la gente muestra altos niveles de favorabilidad hacia tres valores que encarnan esas instituciones: la autoridad (en la figura de las Fuerzas Armadas), el entretenimiento (por medio de los medios de comunicación) y los valores (a través de la Iglesia Católica).

Ahora bien, podríamos ir un poco más allá y articular las cinco instituciones mejor valoradas de acuerdo a los criterios propuestos por Rincón. De esta manera, bajo la autoridad agruparemos a las Fuerzas Armadas y la Policía; bajo el entretenimiento veremos los medios de comunicación; y, finalmente, bajo los valores y la tradición agruparemos la Iglesia Católica y la Procuraduría.

Fuerzas Armadas y Policía Nacional

Desde mediados de la década de 1990, con el justificativo de la llamada “lucha antinarcóticos”, hemos asistido a tres fenómenos complementarios: (a) el incremento del pie de fuerza unido al mejoramiento en dotación; (b) la militarización de la policía nacional, que consolida el tratamiento militar a las acciones de protesta social, asociándolas a “brotes del terrorismo”; y, (c) la implementación de un plan sistemático de comunicaciones y propaganda por parte de las Fuerzas Militares. Aunque consideremos que el desarrollo conjunto de estos tres fenómenos explica la consolidación de la militarización de la vida colectiva y la conciencia -lo cual explicaría los índices de favorabilidad institucional-, no podemos desconocer que el plan de comunicaciones y propaganda ha jugado un papel central. Veamos.

Las comunicaciones y la propaganda pasaron a ser parte fundamental de las operaciones de contrainsurgencia y del fortalecimiento de las Fuerzas Armadas a partir de la reforma militar iniciada por el gobierno de Andrés Pastrana (1998-2002), a tal punto que la Jefatura de Operaciones -quien planea las operaciones bélicas- asumió su conducción y las comenzó a llamar como “Acción Integral”. Adoptó este nombre porque no sólo pretendía beneficiar la imagen del Estado, sus fuerzas armadas y sus acciones, sino que buscaba, a su vez, aumentar el apoyo de la población civil y debilitar la voluntad de lucha del enemigo, generando una imagen negativa (en sus propias filas y en la población) (Berrío, 2012).

El director de Comunicaciones Estratégicas de las Fuerzas Armadas, coronel José Obdulio Espejo (Gordillo y Federico, 2013), explica el cambio de actitud militar:

Nosotros somos una organización militar de doctrina estadounidense, y allá es muy fuerte el tema de las operaciones psicológicas y los asuntos civiles. Logramos que el mando entendiera que una cosa es hacer propaganda y otra cosa es influenciar mentes y corazones a través de otras herramientas. También nosotros nos damos cuenta que es necesario impactar a través de la televisión, (...) por el papel que juega en las grandes ciudades, que es finalmente donde se toman las decisiones, donde hay una gran masa de población colombiana que también debe entender la naturaleza del conflicto y de sus fuerzas militares.

El publicista Germán Zúñiga (Gordillo y Federico, 2013), director creativo de las campañas publicitarias de las Fuerzas Armadas, explica que la intención era que los colombianos vieran a sus fuerzas armadas no sólo como militares bien dotados, sino que además, pudieran ver “lo mejor del corazón de los soldados”; por medio de la exposición de contenidos muy positivos, que llevaran “un mensaje bonito”, se buscó el objetivo central: apuntar al corazón de los colombianos. Al mismo tiempo, se buscaba fortalecer la moral militar, que los soldados valoraran más su trabajo y sintieran que la población los valoraba más.

El plan de comunicaciones y propaganda incluyó: (a) un conjunto de campañas publicitarias; (b) el cubrimiento cinematográfico de las operaciones contrainsurgentes; y, (c) la presencia consistente en los medios de comunicación. De esta manera, las operaciones de guerra psicológica (Watson, 1982) comenzaron a tener un lugar fundamental.

Con la llegada de Álvaro Uribe Vélez a la presidencia (2002-2010) se comenzaron a ejecutar los recursos provenientes del “Plan Colombia” a través de la Política de Seguridad Democrática: equipos, tecnología de punta y apoyo para los procesos de comunicación. Los recursos destinados a comunicaciones permitieron darles un viraje definitivo: se

pasó de producciones caseras, rudimentarias, de bajo presupuesto y malos recursos, con muy buena intención y mucha creatividad a establecer contratos con agencias comerciales de publicidad. La primera prueba de este cambio está en la campaña de publicidad más contundente: “los héroes en Colombia sí existen”¹.

Un año después comenzaron a verse los resultados pues, en la encuesta Gallup de 2003 cambió la percepción que la población tenía de las Fuerzas Armadas: dejó de ser vista como una institución lejana a la población civil, débil y poco profesional, “un tanto corrupta y violadora de derechos humanos” e incapaz de vencer a las guerrillas en el teatro de operaciones (Berrío, 2012), y pasó a convertirse en una institución con un 79% de favorabilidad, una constante que, con altibajos, se mantiene hasta nuestros días.

En el año 2011, cuando el General Alejandro Navas (hoy Embajador de Colombia en la República Argentina) asumió la jefatura de las Fuerzas Armadas, se decidió profundizar la campaña, mediante una estrategia que vinculara al conjunto de la sociedad colombiana como protagonista de los comerciales, junto a los uniformados; su buscaba que los soldados (“los héroes”) escucharan lo que la gente quería decirles. Así nació “Fe en la causa”², que pretende que la población se apropie del concepto, para que la fe en la causa (militar) no solamente movilice a los soldados, sino también a los periodistas y a los empresarios (Espejo, en Gordillo y Federico, 2013).

El propio Navas (2011) explicó los elementos centrales de la “Fe en la causa” en un discurso:

[Consideramos] la “fe en la causa” como el impulso interior que nos lleva a ser integrales en todo sentido, a ser soldados efectivos y modelo de ciudadanos. (...) Igualmente la “fe en la causa” va a vigorizar en cada uno de nosotros la cultura institucional, basada en principios y valores, y va a servir de soporte para seguir siendo la institución más admirada y reconocida por los colombianos. (...) Con la estricta aplicación de este precepto alcanzaremos la victoria que Colombia reclama para entrar en un periodo de sosiego que le permita crecer también en su desarrollo; que tenemos que poner nuestro corazón y nuestros sentimientos en las operaciones y tareas que realicemos; que si nuestra mente está compenetrada con lo que significa “Fe en la Causa”, todo se nos hará más sencillo.

¹ Pueden verse todos los comerciales de la campaña en el siguiente enlace:

<http://www.youtube.com/watch?v=8tXoFZtEb9s>

² Parte de los comerciales pueden verse en:

<https://www.youtube.com/watch?v=ijaFobFQhCc>

Además de los comerciales televisivos, la “Fe en la causa” incorporó desde diciembre de 2011 la campaña denominada “Te llevo en mi corazón. Correo de la gratitud”. Esta campaña tiene como finalidad convocar a la población civil (principalmente a los niños y las niñas) para que les escriban cartas a los soldados y policías que pasarán las fiestas de fin de año en el frente de combate o en las guarniciones militares³. Una nota periodística del portal virtual del diario El Nuevo Siglo explica que esta iniciativa “recoge los sentimientos de niñas, niños y ciudadanos del común, que ven en los hombres y mujeres de las Fuerzas Armadas a los héroes reales, que día a día arriesgan sus vidas por la protección del pueblo colombiano”.

El camino que ha seguido la implementación del plan de comunicaciones y propaganda ha dado muchísimos réditos políticos y de opinión para las Fuerzas Armadas; sin embargo, ha encendido las alarmas en círculos intelectuales, en donde se considera que los mensajes de la propaganda en muchas ocasiones encubren la realidad. El profesor Fabio López de la Roche (en Gordillo y Federico, 2013) señala que la propaganda no es una modalidad de comunicación democrática, que establezca una conversación en igualdad de condiciones para encontrar la verdad, sino que se constituye en un tipo de comunicación unilateral “cuyo objetivo es la persuasión del otro”. Por su parte, el publicista y escritor Ángel Beccasino (en Gordillo y Federico, 2013), refiere que no puede perderse de vista que la publicidad es un instrumento para construir y ejercer poder a través de la persuasión, a fin de construir una opinión común o un sentimiento común en la gente que permita al emisor alinearla en determinada sintonía. En este sentido, Beccasino explica que la campaña “Los héroes en Colombia sí existen” tiene un discurso legitimador del aparato militar (sintonizado con los medios de comunicación) que, por medio de la superposición de lenguajes, encubre los “focos negros” de las fuerzas armadas: “los “falsos positivos”, todas las historias brutales, espantosas, horribles... y predomina la versión casi de cómic que es la que te están construyendo con estos mensajes”.

Este parece ser el sino de la democracia colombiana: una democracia militar, hecha a imagen y semejanza de la Doctrina de

³ El formato para escribir la carta puede descargarse de: <http://www.mindefensa.gov.co/irj/go/km/docs/Mindefensa/Documentos/descargas/Prensa/especiales/correogratiud/tarjeta.pdf>; también existen algunos videos sobre la campaña que pueden verse en los siguientes enlaces: <http://www.youtube.com/watch?v=5y7sNWIKfIE>, <http://www.youtube.com/watch?v=ITrhkuZAhtQ>, <http://www.noticiascaracol.com/nacion/video-250561-enviele-una-tarjeta-navidena-a-los-soldados-y-policias-de-colombia>. Así mismo, pueden verse algunas páginas en las redes sociales: <https://www.facebook.com/pages/Querido-Soldado-Colombiano/154086228013584> y <https://www.facebook.com/media/set/?set=a.554449187905603.100924541.387896834560840&type=1>

Seguridad Nacional (DSN), que requería construir un “enemigo interno” (los “malos”) que debía ser eliminado (por los “buenos”) para garantizar la estabilidad de la Nación. En la historia reciente colombiana, lo que se puede advertir es que el triunfo sobre este “enemigo” obedece a una combinación de (1) neutralización de las guerrillas, (2) desarticulación, liquidación o exterminio de la oposición política y el descontento social e (3) intervención de los afectos, emociones y sentimientos de los individuos para consolidar una subjetividad auto-censurada, disciplinada y obediente. Que las Fuerzas Armadas y de Policía sean dos de las tres instituciones con mayor favorabilidad en Colombia, nos revela unos de los rasgos fundamentales del nuevo orden social que se están consolidando: la militarización de la vida social que impide que sean discutidas la doctrina militar (norteamericana) y la composición de las Fuerzas Armadas (Revista Semana, 2014).

Recientemente, el abogado defensor de derechos humanos Germán Romero (2014), advirtió que la profundidad del poder militar en Colombia es mucho más alta que si existiera una dictadura, señalando los niveles de invasión del mundo militar a la vida civil que se están viviendo desde el gobierno de Álvaro Uribe Vélez, y que redundan en el respaldo a la institucionalidad militar.

Medios de comunicación

De manera paralela al inicio del plan de comunicaciones y propaganda de las Fuerzas Armadas, los medios masivos de comunicación tendrían su propia transformación por cuenta de la privatización de la televisión y diversas negociaciones de medios privados - escritos y hablados - que progresivamente fueron cambiando de manos hasta configurarse como se encuentran ahora: en las manos de los tres grupos económicos más fuertes del país, inversionistas extranjeros y algunas familias tradicionales. Así, el grupo Santo Domingo -sector cervecero- es propietario del diario nacional El Espectador y de Caracol Televisión, el grupo Ardilla Lülle -sector gaseosas- es dueño de RCN Televisión y RCN Radio (más de 140 estaciones), y el grupo Sarmiento Angulo -sector bancario- se vinculó a la Casa Editorial El Tiempo (que incluye el diario más influyente del país y el Canal CityTv). Por su parte, el grupo español Prisa se adueñó de la cadena de radio Caracol y Alejandro Santos (sobrino del actual presidente) mantuvo su propiedad sobre la Revista Semana (La silla vacía, 2014; Quinny, 2013).

Ahora bien, que los medios masivos de comunicación estén en poder de grupos económicos (nacionales o extranjeros) constituye un verdadero obstáculo para el fortalecimiento de un modelo democrático real porque, como decía el relator para la libertad de expresión de la ONU, Frank La Rue, en su visita a Colombia, terminan imponiendo sus criterios políticos y sus candidatos en los procesos electorales (citado por Quinny, 2013). En

este mismo sentido, el periodista Simone Bruno (Gordillo y Federico, 2013) afirma que, los grupos económicos son dueños de los medios masivos porque no sólo significan intereses rentables sino que, a su vez, producen ganancias políticas pues, se controla la agenda mediática, la forma como se emiten las noticias, la manera como se habla de los militares, los políticos, los empresarios, los Estados Unidos, y qué figura se difunde de ellos a los colombianos.

Los medios masivos de comunicación han contribuido al establecimiento y consolidación del Nuevo Orden Social (NOS) por medio de tres ejes. En primer lugar, por medio del encubrimiento y ocultamiento de hechos y verdades produciendo una *generalización de la mentira*. En segundo lugar, se ha adelantado una sistemática *campaña de legitimación* de los referentes sociales, éticos y estéticos que requiere el NOS y, a su vez, un proceso de *reescritura, reinterpretación y redefinición de la historia nacional* y del sentido común por medio de telenovelas y seriales que los enaltece, exculpa o reivindica. Finalmente, encontramos su vinculación en el plan de comunicación y propaganda de las Fuerzas Armadas, es decir, como *instrumento de las operaciones psicológicas*, a través de la difusión gratuita de los comerciales castrenses en televisión, radio y cine (Espejo, en Gordillo y Federico, 2013), la recurrencia exclusiva a “fuentes oficiales” y la producción y reproducción de información en función de los intereses de la guerra; de esta manera, se confirma la comunidad de intereses entre grupos económicos y gremio militar.

El sacerdote jesuita J. Giraldo (2003) afirma que los mensajes transmitidos por los medios masivos de comunicación exigen un “remezón emocional” ya que están cada vez más enfocados a insinuar a quién se debe odiar. Las técnicas de manipulación de “la mente y los corazones” fuerza a los receptores a tomar partido por “los buenos”, como si estuviéramos en las Cruzadas⁴. Este proceso se manifiesta por medio de dos estrategias: por un lado, a través de la selección cuidadosa de la terminología que se usa, los emisarios de los mensajes y las imágenes de apoyo que acompañan el mensaje (generalmente bélicas, cargadas de sangres, sudores y odios); y, por otro lado, por medio de la implementación

⁴ En este mismo sentido, el padre Giraldo ha sido enfático en afirmar que existe una tendencia a exigir una toma de posición por parte de los intelectuales al analizar los problemas sociales e históricos del país para parecer “equilibrados” o ecuanimes. Así, todo lo que se dice o escribe es evaluado “desde un esquema maniqueo que lleva a colocar a los analistas en uno u otro polo del conflicto armado. Los sectores mayoritarios del Estado y del Establecimiento -incluyendo en éste los medios masivos de comunicación- han cerrado filas en torno a una posición intransigente: si no se condena a la insurgencia con radicalismo emocional, eso revela ya por sí mismo una criptomilitancia en sus filas que debe ser judicializada de inmediato” (Giraldo, 2003, pp. 2-3). En este mismo esquema, centrar el análisis en las acciones u omisiones de la clase dominante, las Fuerzas Armadas, las élites y el Estado, pareciera resultar incompleto si, acto seguido, no se hace una referencia inmediata a la degradación ética, moral y política de las guerrillas, sugiriéndose que el estudioso termina haciendo “mutis por el foro”.

de simulacros de “democracia informativa”, que impulsan encuestas, sondeos y entrevistas a quienes sustentan posiciones disidentes del común, que terminan siendo editadas o seleccionadas y transmitidas en contextos y horarios que tergiversan su contenido, lo anulan o lo contrarrestan por la repetición exhaustiva de la opinión contraria.

Esta combinación de (1) institucionalización de la mentira, (2) campaña de legitimación, (3) redefinición de la historia y, (4) rol en la propaganda militar, pueden definirse en su conjunto como las estrategias de *guerra psicológica*.

La Iglesia Católica y la Procuraduría

Desde el triunfo de la subversión cristiana promovida por los misioneros en la conquista (Tabla 1) la Iglesia Católica ha logrado mantenerse incólume, con algunos altibajos, erigiéndose como la institución conservadora por excelencia. Su precepto de enfrentar *ad aeternum* a las “fuerzas del bien” y las “fuerzas del mal” ha servido de base ideológica para el establecimiento de nuestra cultura política: “lo bueno” (asociado a lo clerical, sagrado, celestial, civilizado, occidental, burgués y conservador) contra “lo malo” (asociado a lo laico, pecaminoso, humano, bárbaro, afro-indio, pobre -también llamado comunista- y reformador -también llamado liberal-) (Perea, 1996; Jaramillo Salgado, 2007; Flórez, 2013).

Por su parte, la Procuraduría General de la Nación, a partir de la elección del señor Alejandro Ordoñez Maldonado como jefe (2009-2014), ha dado un viraje en su misión constitucional y legal de vigilar el comportamiento de los funcionarios públicos, para asumir conductas, decisiones y estrategias que persiguen, condenan y sancionan el disenso, en los campos ético, político y social. La base ideológica sobre la cual se establece el procurador está determinada por creencias clericales preconciarias -de tipo medieval, propias de la subversión cristiana misional-, perspectivas económicas capitalistas -de perfil abiertamente neoliberal- y convicciones políticas ultramontanas -de adscripción conservadora y filiación uribista-.

La conducta de la Procuraduría se puede sintetizar en tres líneas estratégicas de acción:

1. Un proceso sistemático de persecución y arremetida institucional en contra de los referentes políticos del progresismo o el disenso, a fin de neutralizar, cuando no anular, cualquier posibilidad institucional de acceso al poder por parte de la oposición política. Son los casos más paradigmáticos: la exsenadora Piedad Córdoba, el exalcalde de Medellín Alonso Salazar y el actual alcalde de Bogotá Gustavo Petro.
2. Un proceso lento y silencioso de exculpación de líderes políticos o militares, portavoces del Nuevo Orden Social, vinculados a delitos de

corrupción, paramilitarismo, violaciones de Derechos Humanos y Narcotráfico, para facilitar que continúen o se establezcan en el poder.

3. Una campaña permanente de fustigación y persecución de las diferencias y las libertades. Se busca anular las diferencias y consolidar un modelo de sociedad tradicional y refractario al cambio. Son ejemplos: el matrimonio igualitario (¡ni hablar de adopción de menores!), el derecho al aborto (aún en los casos que la ley aprueba) y la legalización de la dosis personal de consumo de sustancias psicoactivas (incluido el rechazo total a la instalación de centros de consumo asistido).

Dinámica político-electoral

El historiador mexicano Carlos Antonio Aguirre Rojas (2002) nos plantea que los *siglos históricos* terminan cuando los procesos fundamentales que le dieron vigencia y sustancia se cierran, inaugurando nuevos procesos y situaciones que corresponden al nuevo ciclo histórico que comienza. Al referirse a su país, concluye que el “breve siglo XX” concluyó en 1994 con el surgimiento del movimiento zapatista en el sureste chiapaneco.

Creemos que en Colombia, el “breve siglo XX” también termina en 1994: abandonamos un siglo XX de rebeliones y revoluciones, y abrimos un siglo XXI de consolidación hegemónica, con una sociedad homeostática. Podríamos decir que, el cambio del *siglo histórico* se sintoniza con el cambio de Orden Social y que desde 1994 estamos viviendo el período de ajuste y compulsión que terminará en el año 2019, cuando se establezca definitivamente el Nuevo Orden Social, de acuerdo a la *visión de futuro* que planearon las élites (DNP, 2005). Así pues, asistimos al lento final de la subversión neosocialista iniciada en el año 1965, cuya expresión militar (guerrillera) cerrará su ciclo antes del año 2019 por diversos canales: negociación, replanteamientos, reabsorción, cooptación o degeneramiento.

Existen varios elementos históricos que nos permiten concluir lo anteriormente expuesto: (a) la financiación de la campaña presidencial de Ernesto Samper Pizano (1994-1998) por parte del narcotraficante Cartel de Cali; (b) la arremetida mediática, política y militar del paramilitarismo (desde 1995); (c) el desarrollo privado de los medios masivos de comunicación; (d) los fracasos de paz entre el gobierno y las guerrillas (FARC-EP y ELN) en los gobiernos de la década de 1990; (e) la reestructuración de las Fuerzas Armadas (Plan Colombia); (f) el involucramiento de una parte de las guerrillas en el negocio del narcotráfico; (g) la reingeniería de los carteles de la droga y, (h) la política imperial antidrogas y antiterrorista.

El proyecto político que asumió las riendas del país desde el año 2002 se propuso tres objetivos: (1) consolidar un modelo extractivo, rentista y exportador, inserto en el mercado mundial, con base en los agronegocios, el sector minero-energético, los insumos para la biotecnología y el narcotráfico; (2) fortalecer el aparato represivo (fuerzas armadas), y profundizar la militarización de la vida social y de las estructuras subjetivas; y, (3) establecer un modelo político y social de tipo homeostático. El discurso de Álvaro Uribe Vélez (2002-2010) y la esencia del gobierno de Juan Manuel Santos (2010-2018) tiene su base en estos tres objetivos, expresados coloquialmente como “los tres huevitos”: confianza inversionista, seguridad democrática y cohesión social.

El gobierno de Álvaro Uribe Vélez significó el clímax del proceso de ajuste y compulsión por las siguientes tres razones:

1. Asumió el capital político del narcotráfico y el paramilitarismo (narco-paramilitarismo), que le permitió diseñar e implementar su reingeniería, mediante un falso “proceso de paz” que conducía a la pacificación y la desmovilización. Señalamos la falsedad del proceso de paz en el sentido que la ontología e identidad político-ideológica del paramilitarismo no puede separarse de la clase dominante ni de la estructura del Estado; el padre Giraldo (2003) ha caracterizado este fenómeno como “esquizofrenia estatal”, pues se pretendió dar un reconocimiento (patológico) de *alteridad* al paramilitarismo respecto del Estado. Detrás de esta *esquizofrenia estatal* se esconde la última fase del paramilitarismo, que busca su institucionalización y legalización. Este fase se adelantó por medio de cuatro estrategias: (1) creación de espacios institucionales para reubicar a los paramilitares (Redes de cooperantes e informantes, nuevas empresas de seguridad privada, empresas productivas ligadas a los agronegocios y agrocombustibles, y el programa de “soldados campesinos”); (2) diseño de instrumentos jurídicos que garantizan la impunidad y los beneficios jurídicos (las leyes 782 para la base anónima y 975 para los mandos medios y altos reconocidos); (3) desarrollo de rituales ficcionales de “desmovilización”; y (4) el reforzamiento del modelo militar (Giraldo, 2009a). Por su parte, el proceso de transformación de los carteles del narcotráfico se encubrió por medio del señalamiento absoluto de las FARC-EP como “el cartel más grande del mundo”.
2. Canalizó el descontento social frente a la frustradas negociaciones de paz con las guerrillas, por medio de la implementación de un discurso de guerra frontal y definitiva, negando cualquier condición histórica o política al conflicto interno (“amenaza terrorista”) lo que impedía adelantar nuevos procesos de negociación. En adelante las negociaciones de paz se reducirán a los mecanismos efectivos de desmovilización, entrega de armas y reinserción a la sociedad, pues

el modelo de país no se discutirá con organizaciones criminales. De esta manera, adoptó como propia la doctrina imperial de “guerra contra el Terrorismo”.

3. Ejecutó el Plan Colombia que significó simultáneamente la consolidación de la injerencia norteamericana en el conflicto interno, y el proceso de modernización y fortalecimiento de las Fuerzas Armadas en todos los planos (Gordillo y Federico, 2013), en tal magnitud que algunos analistas ya han comenzado a advertir sobre la conformación en Colombia de una nueva “Escuela de las Américas” (Guerrero, 2014). Esta conjunción permitió el desarrollo de una ofensiva sin precedentes en contra de las guerrillas.

En el año 2010, la coalición de gobierno se atomizó en torno a cuatro candidatos presidenciales, ante la imposibilidad jurídica de que Álvaro Uribe Vélez fuera reelecto para un tercer mandato: Juan Manuel Santos, Germán Vargas Lleras, Noemí Sanín y Rafael Pardo, tal como lo advertimos en otro trabajo (Herrera-Farfán, 2010).

Tras el triunfo, Juan Manuel Santos adoptó un conjunto de medidas y decisiones: la normalización de las relaciones diplomáticas con Venezuela y Ecuador, el reconocimiento del conflicto armado y su carácter político e histórico (que lo llevó a establecer mesas de diálogos con las FARC-EP y el ELN), la promulgación de leyes de reconocimiento de víctimas y de restitución de tierras y la creación de un grupo de intelectuales que estudiaran y difundieran la memoria histórica del país (Grupo Memoria Histórica -GMH-). Estas medidas, aparentemente contrariaban los parámetros establecidos por su antecesor y abrían un interrogante sobre la continuidad de los “tres huevitos” dejados por Uribe Vélez, lo cual generó una confrontación entre dos fracciones de la clase dominante: una liderada por Juan Manuel Santos (Presidente) y la otra liderada por Álvaro Uribe Vélez (quien se autodenominó Jefe de la Oposición). Sin lugar a dudas el elemento más problemático ha sido el proceso de negociación de paz adelantado por el gobierno de Santos con la guerrillas de las FARC y del ELN; frente a él existe dos posiciones claramente delimitadas: por un lado, una derecha conservadora y ultramontana (encabezada por Álvaro Uribe Vélez y el Partido Conservador) alzó la bandera del “retorno a la ofensiva”, mientras que la derecha liberal y tecnocrática (representada por Juan Manuel Santos, el Partido de la U, el Partido Liberal) se apropió de la bandera de la paz y “el fin del conflicto”.

Ubicada en la “oposición”, la derecha uribista emprendió una campaña feroz de fustigación al gobierno. Se lo señaló recurrentemente de “traidor”, “mentiroso” y “Castro-Chavista”. Era acusado de debilitar la seguridad, desmoralizar las tropas y pasar de una posición de ofensiva a otra de “tolerancia” con los grupos “terroristas”, a tal punto que se llegó a mencionar que “estaba entregándole el país a las FARC”. Sin dudas, este viraje en materia de seguridad alejaba la inversión extranjera y favorecía el

caos social. En el discurso uribista, Juan Manuel Santos estaba acabando con los resultados positivos de los ocho años anteriores. En este juego macabro del ajedrez político, la “oposición” ultra-reaccionaria fue ubicando al presidente en el imaginario social y político de las banderas de la izquierda, de tal forma que se fue instalando la referencia de que mientras Uribe recogía las banderas conservadoras y de derecha, Juan Manuel Santos alzaba las banderas liberales, y aún de izquierda.

El panorama de tensión se agudizó durante la campaña electoral de 2014 y, con ayuda de los medios masivos de comunicación y las encuestas, se fueron perfilando como “presidenciables” a Juan Manuel Santos y Óscar Iván Zuluaga (candidato de Uribe Vélez). En medio de estas dos tendencias, flotaban las opiniones políticas del Partido Conservador (Martha Lucía Ramírez) y la tecnocrática de la Alianza Verde (Enrique Peñalosa). El Polo Democrático Alternativo (PDA), que recoge las banderas de la socialdemocracia, se vio subsumido en las iniciativas de Juan Manuel Santos, quien supo hábilmente cooptar las banderas para sus propósitos.

El discurso de la campaña no pudo ser más apocalíptico: el país se debatía entre dos opciones irreconciliables, el infierno de la debacle o el infierno del pasado; avanzar hacia la paz (Juan Manuel Santos) o retornar a la guerra total (Óscar Iván Zuluaga). Sin embargo, algunos analistas, como François Houtart (2014), no dudaron en señalar que tanto “la paz” de Santos como “la guerra” de Uribe-Zuluaga conducían al mismo destino:

Se trata de estrategias diferentes para un mismo fin. Los unos, más vinculados con la burguesía urbana capitalina, tratan de captar el movimiento popular, infiltrándose en las Marchas para la Paz y haciendo creer que ellos son el origen del proceso. Los otros, más ligados con las clases medio-altas de Medellín y con una cierta base rural, se oponen a las negociaciones, estimando que se trata de una traición. Son dos estrategias contradictorias para un mismo fin: crear las condiciones de la reproducción social de las clases dominantes. (...) El Gobierno aceptó orientaciones más extensas, que no ponen en peligro su hegemonía de clase; y fragmentó la resistencia armada, no permitiendo al ELN juntarse al proceso.

La aparente divergencia político-ideológica terminó de caerse cuando la investigadora María Fernanda González (2014) publicó los resultados de su “análisis factorial de correspondencias” entre los discursos de los candidatos presidenciales. En sus conclusiones vemos la consolidación de la derecha (dividida en dos tendencias) y de la centroizquierda socialdemócrata. Del espectro político ha desaparecido la izquierda, como lo advertimos en nuestro análisis electoral de 2010 (Herrera-Farfán, 2010).

Desde este punto de vista, los resultados de la primera vuelta electoral para la presidencia de la república no fueron sorpresivos. La

derecha (en dos tendencias) ratificaba la victoria alcanzada en el congreso nacional y se enfrentaba a sí misma para definir el presidente que diera continuidad a sus políticas (tablas 4 y 5). Por eso, desde distintos tonos, algunos analistas señalaron que sería una contienda “trágica”: había que elegir entre la derecha y la ultraderecha.

El triunfo electoral de las derechas, la desaparición de la izquierda radical del escenario electoral y la consolidación de una socialdemocracia de centroizquierda como la única alternativa viable nos muestra a todas luces el corrimiento ideológico del que hemos venido hablando. El cierre de filas de la socialdemocracia en torno a Juan Manuel Santos no quiere decir que éste se haya corrido hacia la izquierda; por el contrario, es la centroizquierda quien se ha corrido más hacia la derecha. A diferencia de algunos opinadores, como C. González (2014), no advertimos ningún triunfo del movimiento emancipatorio, ni perspectiva alguna de acumulación política en este escenario; por el contrario, vemos la profundización de un retroceso. Lo que parece imponerse es un modelo achatado de participación política, como lo proponía el informe del Departamento Nacional de Planeación (DNP, 2005), un modelo de pocos partidos de posiciones moderadas o de centro, al estilo de la concertación chilena, que no es más que una celada: la derecha cede un poco a cambio de que la izquierda renuncie a sus banderas. Esta “renuncia” de la izquierda de la que hablamos no puede generalizar todas las tendencias o partidos, sino aquellas expresiones más vinculadas con la participación electoral que fueron directamente atacadas por el terror militar y paramilitar; siguiendo a Rozitchner (2011) debemos señalar que dicho terror logró detener el empuje de los movimientos alternativos al penetrar tanto al programa político como a sus adeptos, lo que limitó su potencia transformadora, pues luego del terror dichos partidos “no son tan peligroso[s] como lo fue[ron] antes” y entonces “los votamos porque ya sabemos que no van a cumplir lo que prometen”.

Al analizar los resultados electorales para la presidencia y el senado de la república, desde el año 2002 hasta la actualidad (tabla 4), a partir de las cercanías o distancias ideológicas y políticas que presentaban los candidatos y partidos respecto de las características y requerimientos del Nuevo Orden Social (NOS), encontramos un corrimiento progresivo del electorado hacia preferencias políticas conservadoras y ultramontanas (siendo el incremento cercano a los veinte puntos porcentuales). De hecho, en ninguna de las disputas electorales por la presidencia en este período se presentó algún candidato que abrazara las banderas del socialismo o la revolución; por el contrario, la *izquierda* tuvo que aproximarse cada vez más hacia el *centro* (socialdemocracia) para pervivir políticamente, y en las dos últimas elecciones, el representante de la socialdemocracia (“izquierda electoral”) no alcanzó a disputar la segunda vuelta electoral.

POSICIÓN FRENTE AL NOS	2002	2006	2010		2014
Proclive	58,85%	62,35%	67,29%	69,12%	78,74%
Opuesto	37,46%	34,78%	30,63%	27,47%	15,23%

Tabla 4. Comportamiento electoral para la Presidencia de la República

Si observamos los resultados electorales para el senado de la república (tabla 5) los resultados son aún más contundentes, pues en doce años se ha alcanzado un control del 90% de la rama legislativa por parte de las posiciones conservadoras y ultramontanas.

POSICIÓN FRENTE AL NOS	2002	2006	2010	2014
Proclive	68%	72%	87%	90%
Opuesto	32%	28%	13%	10%

Tabla 5. Comportamiento electoral para el Senado de la República

Esta consolidación electoral parece estar en relación con la emergencia y establecimiento de grupos de ultraderecha (neonazis y neofascistas) que han comenzado a aparecer en las principales ciudades del país⁵.

⁵ Además de la emblemática “Sociedad Colombiana en defensa de la Tradición, Familia y Propiedad” (TFP) y del histórico “Movimiento de Reconstrucción Nacional” (Morena) -que servía de *brazo político* del paramilitarismo en la década de 1980 principalmente en Puerto Boyacá-, se destacan los movimientos Tercer Fuerza (<http://www.tercerafuerzanacion.org/ideario.html>), Restauración Nacional (<http://www.restauracionnacional.org/>), Alianza Social Patriotas (<http://alianzasocialpatriotas.blogspot.com.ar/>), Unión Nacional Socialista de Colombia (<http://unionnacionalsocialistadecolombia.blogspot.com.ar/>), el Comando Radical Nacionalista (una nota en: <http://antifabogota.wordpress.com/tag/comando-radical-nacionalista/>), Hermandad Nacionalista, Trinchera Nacionalista, Escuadrón Nacionalista 88 (<https://www.facebook.com/EscuadronNacional88>), Sol Negro (<http://ordenpatriotabogota.blogspot.com.ar/2010/05/sol-negro-bogota.html>), Alternativa Falangista Colombiana (<http://afcolombiana.blogspot.com.ar/>), Lobos Blancos, Juventudes Hitlerianas y Hammer Skin, entre otros. Sobre el tema de la emergencia de los movimientos neonazis o neofascistas pueden verse otras notas: <http://www.elespectador.com/noticias/bogota/radiografia-del-neonazismo-articulo-426688>, <http://www.razonpublica.com/index.php/cultura/artes-y-cultura/6962-grupos-neonazis-y-ultranacionalistas-en-colombia.html>, <http://www.elespectador.com/noticias/politica/el-proyecto-politico-de-los-neonazis-articulo-435123> y <http://www.elespectador.com/noticias/bogota/nico-le-patearon-el-craneo-articulo-396621>. También pueden verse algunos videos como los siguientes: http://www.youtube.com/channel/UCDlC_wbNuioxp_FypNlNcyg y

La consolidación de la preferencia política electoral de tipo conservador y ultraconservador, nos advierte sobre una posible sintonía entre estructuras psicosociales (*ideología* y *Carácter*), que puede llevarnos a inferir que el NOS parece estar entrando en un período de decantación y establecimiento. Así, no se escapa ninguna de las ramas del poder público, ni ninguna de las instituciones estatales a este proceso.

La cultura “traqueta” como símbolo de identidad nacional

Desde una perspectiva psicosocial el NOS requiere del intervenir, (re)definir y/o consolidar un campo cultural, además de los campos económico y socio-político (o campos social y político). Tal como lo hemos advertido, el NOS que se está estableciendo está caracterizado por un campo cultural *mafioso*; es decir, lo que ha sido llamado como “narcocultura” o “cultura traqueta”⁶. De acuerdo con R. Vega Cantor (2014) esta *cultura* constituye “la expresión superestructural del capitalismo gangsteril a la colombiana” y se afianza sobre tres elementos centrales: el apego a los dogmas del neoliberalismo económico, la adhesión al neo-conservadurismo político-ideológico (sustentada en una falsa moral religiosa), y el desarrollo de las pautas culturales de la delincuencia y del lumpen.

Siguiendo a Mejía (2010) los antecedentes de esta *cultura* se hallan en las mafias del contrabando y de las esmeraldas de mediados del siglo XX; y a partir de la década de 1970, con la bonanza de la marihuana - conocida como la “bonanza marimbera”- se comienza a perfilar como una cultura mafiosa-narcotraficante que será potenciada a partir de la década de 1980 con los barones de la cocaína y los grandes carteles, principalmente el Cartel de Medellín. El propio Mejía plantea que desde mediados de la década de 1980 se inicia el proceso de colonización mafiosa del Estado en cinco fases:

1. *Penetración del Congreso Nacional*, por medio de parlamentarios amigos y de los propios narcotraficantes, a fin de conseguir inmunidad diplomática, establecer sus intereses en la nueva constitución política y perfilar una *alianza táctica* entre mafias y sectores del Estado para profundizar la lucha contrainsurgente: desde mediados de la década de 1980 hasta 1992.
2. *Profundización de la alianza táctica* con un sector de las mafias (Cartel de Cali) a fin de capturar o asesinar a Pablo Escobar (jefe del Cartel de Medellín): desde mediados de 1992 hasta finales de 1993.

<http://www.youtube.com/watch?v=pmBaAe6ybzl>

⁶ El vocablo *traqueto* deriva de la onomatopeya de una ametralladora disparando y hacia referencia al “escalón inferior en la pirámide delincencial del bajo mundo paisa, que corresponde al matón a sueldo, al sicario”.

3. *Infiltración de las campañas presidenciales* por medio de la financiación, que permite estrechar lazos entre el mando militar, el narcotráfico y el paramilitarismo a partir de la creación de las Cooperativas de Seguridad (Convivir), cuyo mayor protector y difusor fuera el gobernador de Antioquia, Álvaro Uribe Vélez. Aquí se consolidan las alianzas entre las mafias y la aristocracia (Molano, citado por Mejía, 2010): desde mediados de 1993 hasta finales de 1995. Existen tres elementos que explican la alianza entre las élites político-económicas y las mafias: (1) una complementariedad entre la ética laxa de las élites y la tendencia a “comprarlo todo” de las mafias; (2) la tradición de asumir la estructura económico-política del Estado con fines privados y el desarrollo de un conjunto de prácticas (rudimentarias) mafiosas -como el *clientelismo*- (Calvi, 2004, citado por Mejía, 2010), que se encuentra con la necesidad de control y expansión institucional que requerían las mafias; y, (3) la vocación común de contrainsurgencia y su desprecio por los derechos y principios democráticos suscritos y consagrados en la Constitución de 1991. Estas identificaciones mutuas entre élites y narcotraficantes llevó a que Héctor Abad Faciolince (citado por Rincón, 2009) concluyera en un artículo de 1995 que no se podía hablar de “narcotización del gusto”, pues la burguesía siempre ha querido lo mismo que los mafiosos. El *narco-gusto* resulta de la mixtura dos gustos: el del nuevo rico norteamericano y el del montañero rico colombiano (o antioqueño). Héctor Abad propone que este “gusto” se manifiesta de dos maneras, dependiendo de la escala social: si es el de los “patrones” estamos ante una *narcoestética*; en cambio, si es el de los sicarios y *traquetos*, estamos ante una *sicariesca*. Ambas, son manifestaciones de la misma cultura narcotraficante: la *narco-cultura*. Alonso Salazar (citado por Rincón, 2009) caracteriza la *narcoestética* como “la obstinación de la abundancia, el gran volumen, la ostentación de los objetos”; una estética del collage, “ostentosa, exagerada, desproporcionada y cargada de símbolos que buscan dar estatus y legitimar la violencia”. Por su parte, la *sicariesca* corresponde a “una épica del éxito rápido”, donde la truculencia, el exceso, la velocidad y la adrenalina tienen un lugar fundamental; en ella se mezclan lo popular y lo religioso. Periodistas, cronistas, intelectuales y estetas, comienzan a dar cuenta de esta cultura *emergente*, caracterizada por la ostentación, los bienes suntuarios, las mujeres plásticas y el dinero fácil. La narrativa, el cine, el arte, las telenovelas, la arquitectura, la moda y la música se revelan como los canales más propicios de difusión de esta *narco-cultura*, y sus rasgos más característicos (manera de hablar, arquitectura, desprecio a la diferencia y las minorías, valores ostentosos, irrespeto al Estado de Derecho y exaltación de lo rural, los caballos y lo burdo) comienzan a perfilarse como símbolos de identificación social (Mejía, 2010) en todos los

niveles socioeconómicos, incluidas las élites (Mejía, 2010). León Valencia (2008, citado por Mejía, 2010) plantea que, incluso, podemos hablar del nacimiento de un “*narc-decò*”, que se afianza en la vida cotidiana: “Pasa con fluidez de la literatura, la música y la arquitectura al cuerpo exuberante de las niñas de 15 años; se detiene juguetona en la pintura, avanza hacia la manera de vestir de los señores y descansa, por fin, en las salas de cine. (...) Van a ver que nuestro arte decorativo no se detuvo en los interiores de casas y edificios y, con gran audacia, se metió con el cuerpo y se propuso moldear senos y culos, cincelar caderas y muslos, corregir labios y respingar narices”. Por su parte, el periodista Gustavo Álvarez Gardeazábal definió el narcotráfico como una suerte de “revolución cultural”, pues estaba transitando de la “moral del pecado” a la “moral del dinero” (citado por Rincón, 2009). Para que se consolidara esta *revolución* hacía falta un Napoleón; de acuerdo con Omar Rincón (2009), ese “Napoleón” es Álvaro Uribe Vélez.

4. *Expansión nacional del narco-paramilitarismo* por medio de una ofensiva militar, política, económica y mediática, que buscó derrotar definitivamente a la guerrilla y, posteriormente establecer sus propios criterios de reabsorción en la sociedad y el Estado, legitimando sus acciones y garantizando la impunidad para sus crímenes. De la mano de este proceso se dará la expansión simbólica de la *narco-cultura*: desde mediados de la década de 1990 hasta 2002.
5. La quinta fase del proceso de colonización del Estado se da con la elecciones nacionales del año 2002, que terminó eligiendo a Álvaro Uribe Vélez como Presidente y a su coalición política como mayoría en el Congreso. El narco-paramilitarismo lo consideró como un “gobierno propio” y el fenómeno de la parapolítica lo ratifica. A juicio de Contreras (citado por Mejía, 2010), el gobierno de Uribe permitió generalizar la cultura mafiosa. Vega Cantor (2014) plantea que durante este gobierno, se presentó como algo “normal y tolerable”, convirtiéndola en “la lógica cultural hegemónica del capitalismo salvaje a la colombiana”. “Lo que antes era condenado, nos dice Vega, adquirió prestigio y respetabilidad” y para consolidarlo se inició el proceso de legitimación social de la cultura (*narco-cultura*) y los cultores (narcotraficantes y paramilitares) a través de los medios masivos de comunicación. María Elvira Bonilla (citada por Mejía, 2010) planteó que las figuras del “capo” y los “traquetos” fueron promovidos como referencia social por parte de los medios masivos; por lo cual, Mejía (2010) denuncia que el papel de los medios ha sido el de apologeta y catalizador “en términos de identidad nacional, de una identidad mafiosa del colombiano”. Así, se consolida la *cultura traqueta* (*narco-cultura*) en la vida cotidiana.

Por su parte, el analista O. Rincón (2009) señala que la *cultura traqueta* se manifiesta por medio de cuatro canales: el lenguaje, la arquitectura, la música y la televisión. Veamos cómo se da el proceso en cada uno de ellos:

1. El lenguaje propio de esta cultura es el “parlache”, un dialecto popular usado por los sicarios de Medellín, que resulta de la mezcla del lunfardo (venido del tango), el slang gringo y modismos locales. Su nombre deriva de la conjunción de dos neologismos: “parlar” (hablar) en el “parche” (grupo de jóvenes de barrio que se reúnen en una esquina). De acuerdo con Salazar (citado por Rincón, 2009), su productividad de sentidos gira en torno a la muerte. El *parlache* se instaló en la vida cotidiana como el lenguaje que usa “quien se cree joven en Colombia”, siendo su palabra más popularizada: *parce* o *parcero*.
2. El estilo arquitectónico de la cultura mafiosa es sinónimo de excesos y apariencias, donde se establece un lujo facilista. De acuerdo con la arquitecta Adriana Cobo (citada por Rincón, 2009) es un gusto “popular” que intenta copiar lo que considera “de clase”, generando así una especie de “nuevo vínculo simbólico, de nuevo 'sistema de cohesión social'”.
3. El género musical que mejor puede definir la cultura *traqueta* es el de los “corridos prohibidos”, una mezcla de rancheras y cumbias que celebran y magnifican la ilegalidad y la forma de vida de los narcotraficantes, que son mostrados como “héroes, valientes y leales; como seres nacidos del pueblo y luchadores por el pueblo; como Robin Hoods que dan lo que la ley y el gobierno quitan”; así mismo, celebran el destino trágico: “ser hijos de la injusticia social y la pobreza, la corrupción política y el desprecio de los ricos, la falta de padres y el querer a las mujeres, el orgullo patrio y la culpa de Estados Unidos” (Rincón, 2009). Las letras de los corridos establecen “vínculos entre los traficantes contemporáneos y los héroes revolucionarios” (Olmos Aguilera, 2007, citado por Rincón, 2009). Según Aristizábal (2007), esta transformación cultural, que superpone figuras “heroicas”, impidió la profundización de la lucha guerrillera desde mediados de 1990, pues el referente social pasó de ser el “hombre nuevo” del Che Guevara a convertirse en el “capo” del Cartel. En Colombia, hace mucho tiempo que dejaron de ser “prohibidos” y pasaron a incorporarse en la vida cotidiana bajo la denominación de “música popular”, siendo apropiados por los paramilitares para difundir su ideología. La aceptación de este tipo de música ha llegado incluso a los cuarteles. Según el diario El Tiempo (2014) en su portal digital, el 4 de octubre de 2013, en una fiesta organizada por la Escuela de Misiones Internacionales y Acción Integral del ejército en el Batallón de Sanidad, la soldadesca

recibió como regalo un disco compacto (“Un nuevo sueño”) y un afiche de Oliverio (“Oliver”) Isaza, conocido en el mundo del crimen como “Terror”, hijo del jefe paramilitar Ramón Isaza. Su promotor artístico, Wilson Castiblanco, señaló que “al margen de su condición, es un cantante que se está abriendo un espacio en el mundo artístico del país y que tiene discos que se escuchan con mucha fuerza”; de hecho, está planeando una gira musical, por los campos de Antioquia.

4. La programación televisiva se llenó de contenidos narcotraficantes. Las ideas que se expresan en estas producciones amplifican los valores del universo cultural mafioso: el dinero fácil y el “todo vale” para salir de pobres; uno de los elementos centrales del relato televisivo es el elemento aspiracional de la “superación personal” que celebra “los modo de ser de la sociedad de los pobres” (Rincón, 2009).

Sin embargo, la *cultura traqueta* no se reduce a una estética, pues también incluye una ética vinculada a la filosofía del instante, anclada en una profunda moral católica y caracterizada por una disposición a la ostentación (Rincón, 2009). Alfredo Molano (2008, citado por Mejía, 2010) define el sustrato ético como “la cultura del atajo”, del “no me dejo”, del “soy el más vivo”, del “todo vale huevo”.

Es la cultura de la fuerza a la fuerza, de la justicia por mano propia, de las recompensas por huellas digitales y memorias digitales, del “véndame o le compro a la viuda”, del “le corto la cara marica”, del “quite o lo quito”. Su escudo de armas: un corazón incendiario. (...) Después de tomarse las juntas directivas y los directorios políticos, la mafia busca ahora imponer sus valores, normas y principios. Es decir, su cultura, más a las malas que a las buenas.

Vega Cantor (2014) advierte incluso que una manifestación popular de esta ética es el aprovechamiento de “cualquier papayazo”, es decir, justificar todo “lo que produzca réditos personales, ganancias y beneficios a costa de los demás, sin importar los medios que se utilicen para alcanzar cualquier fin”. Este autor plantea que son tres los “valores” fundamentales en los cuales se asienta esta ética: el machismo, el individualismo y la competencia, nutriéndose del odio, la intolerancia y la discriminación (por motivos clasistas, homofóbicos y xenofóbicos). Es una ética que endiosa la violencia, promueve el guerrerismo, enaltece el dinero y el consumo, impone el enriquecimiento fácil e inmediato, una actitud pública de ostentación y una mercantilización de lo que esté a su alcance (vidas, cuerpos y alianzas). Esta características son las que definen su quintaesencia. Tal vez, por todos estos elementos, el propio Rincón (2009) ha llegado a advertir que podemos estar siendo gobernados por una “paranarco-ideología”.

Correlato psicosocial

Toda vez que hemos definido los rasgos esenciales que caracterizan la ideología (estructura psicosocial sociohistórica) dominante del NOS -la neoburguesía, el conservadurismo, el militarismo y la cultura mafiosa-, conviene que miremos cuáles serían los impactos que esta *ideología* tiene sobre el *carácter* y la subjetividad (estructura psicosocial individual) de la población colombiana, a través del *sentido común* como correa de transmisión.

La sociedad civil (de abajo), como diría Houtart, junto a sus *núcleos subversores* (antiélites y órganos de resistencia), que impulsaban la subversión neosocialista desde la década de 1960, ha sido derrotada. Ante la imposibilidad de vencer, enfrentados al dolor y las ausencias producidas por la conducta castrense que oscila entre el control total a campo abierto y el terror acechante en las sombras como telón de fondo, los “condenados de la tierra” debemos reconocer que el NOS que se está cristalizando en Colombia es el resultado de una victoria de los opresores (el *hegemón*). Las cartas que se reparten están marcadas, sin embargo, somos convocados a jugar, como si un nuevo juego comenzara, como si fuera la primera vez. De esta manera, asistimos al achatamiento de la utopía, y se nos dice que, en el período de ajuste y compulsión, hay que recalcular los sueños y los proyectos emancipatorios.

La cristalización reactiva de las instituciones está vinculada con un proceso profundo de deshumanización (tabla 6), que se expresa de manera complementaria por medio del militarismo, la manipulación mediática y el papel de la Iglesia (y la Procuraduría).

Militares: autoridad y militarismo

Como bien lo advertía Samayoa (1990), la militarización de la vida social (y de la conciencia), producto de una guerra, entraña un proceso de deshumanización. Este proceso modifica los esquemas cognoscitivos y los patrones de conducta de una parte considerable de la población, empobreciendo los atributos y valores específicamente humanos: capacidad de pensar lúcidamente; voluntad y capacidad de comunicarse con veracidad y eficiencia; sensibilidad ante el sufrimiento y sentido solidario; y, esperanza. El deterioro de los valores y atributos establecen patrones aberrantes del pensamiento y conducta social: desatención selectiva y aferramiento a prejuicios; absolutización, idealización y rigidez ideológica; escepticismo evasivo; defensividad paranoide; y, sentimientos de odio y venganza.

Además de los cambios comportamentales y cognoscitivos existe una mediación de un elemento afectivo: el miedo. Los estudios de Elizabeth Lira (1987a, 1987b, 1990, 1991, 1994) dan cuenta de las implicaciones políticas de la instrumentalización del miedo. De acuerdo con Ignacio

Martín-Baró (1990) son cuatro las características psicológicas de los procesos desencadenados por el miedo: (a) sensación de vulnerabilidad; (b) estado exacerbado de alerta; (c) sentimiento de impotencia o pérdida de control sobre la propia vida; y, (d) alteración del sentido de la realidad.

En términos psicológicos, el miedo puede definirse como “una emoción intensa, que indica que el significado que el sujeto atribuye a la situación en la que se halla, es de peligro y el sujeto la percibe y comprende como una amenaza vital” (Lira, 1987b). Dicha amenaza puede incluir: la muerte física, la violación de la integridad corporal, incapacidad de acceder plenamente a los medios de vida (empleo y salario) y una imposibilidad de realizar la vida de acuerdo a “los valores, creencias y propósitos que se consideran inherentes a la vida humana” (Lira, 1987b).

Sin embargo, tanto en los procesos dictatoriales como en los casos de las guerras endémicas (o amalgamas como la colombiana), “la existencia de una amenaza política permanente produjo una respuesta de miedo crónico [porque el miedo] deja de ser una reacción específica a situaciones concretas y se transforma prácticamente en un estado permanente en la vida cotidiana (...) de cualquiera que pueda percibirse amenazado” (Lira y Castillo, 1991).

El miedo puede alterar el equilibrio emocional y el funcionamiento psíquico, desencadenando procesos psicopatológicos específicos en los sujetos que han sido víctimas de represión política, tales como el desarrollo de conductas paranoides y la generación de elementos “aparentemente delirantes”. Quizás, la frase coloquial de que “los izquierdistas son todos paranoides que se sienten perseguidos”, no sea simplemente una sensación infundada.

A su vez, el miedo genera *angustia* a sufrir consecuencias represivas, junto a una incapacidad de poder modificar la situación adversa. Para librarse de la *angustia*, puede recurrirse a la renuncia a “aquello que el sujeto más valora y que constituye la manera como ha concebido el desarrollo y la realización de su existencia” (Lira, 1987b) generando todo tipo de “conversiones políticas”, auto-censuras y auto-marginamientos. En muchas ocasiones, este tipo de renunciaciones terminan asociadas a un sentimiento de culpa consigo mismo y con los otros.

Las experiencias históricas han demostrado que el miedo se constituye en un instrumento político (algunos, como Klein, 2007, lo han denominado *shock*) que apunta a dificultar la libre determinación de los sujetos y pueblos, sus formas de gobierno, sus representantes y sus mecanismos de participación, para alcanzar el anhelado control social. Con el miedo se busca el sometimiento y pasividad de amplios sectores sociales, moldeando actitudes inhibitorias y auto-censuradas que impiden la consolidación de una sociedad democrática (Lira, 1990), entre las cuales pueden incluirse formas de apatía o resignación (Lira, 1987b) o de fatalismo (Martín-Baró, 1987). Sin embargo, algunos autores nos han

señalado que el miedo también puede desencadenar conductas proactivas y solidarias que pueden llevar a la solidaridad y al heroísmo, que “en condiciones normales” no se presentarían (Martín-Baró, 1983; Torres, 2010; Fanon 2009).

Por otra parte, es importante recalcar que el mundo militar entraña una esencia autoritaria. Cuando se establece un NOS que tiene como uno de sus rasgos fundamentales el militarismo no podemos pasar por alto que el autoritarismo (Fajardo, 2010) tendrá su cuota significativa de participación y repercusión a nivel subjetivo, desencadenando auto-censura.

Así pues, el impacto subjetivo del binomio militarismo-autoritarismo corresponde al miedo y la auto-censura.

Manipulación mediática: legitimación

Como hemos visto, los medios de comunicación se han convertido en el canal más eficaz para producir y reproducir el *sentido común*. Si el *sentido común* funciona como correa de transmisión entre las estructuras psicosociales (*ideología y carácter*), y en ese proceso de interinfluencia la ideología termina imponiéndose, estamos ante el riesgo de establecer caracteres alienados que reproducen acríticamente los intereses, valores y demandas de los grupos dominantes.

Consideramos que la base caracterial de la población colombiana está padeciendo un profundo proceso de *alienación* que, al manifestar isomorfismos con la ideología dominante, termina llevando a opciones y decisiones inauténticas. Es, en palabras de Simone Bruno (Gordillo y Federico, 2013), “una filtración de un pensamiento burgués hasta estratos de la sociedad que viven de nada”. La configuración de un carácter alienado habilita a que el NOS se establezca desde presupuestos más conservadores y reaccionarios que el anterior, tal como lo señaló Fals Borda.

Samayoa (1990) advierte que la exposición continua a la propaganda ideologizante refuerza el proceso de deshumanización, pues “las personas no pueden o simplemente no quieren encontrar otras formas de acceso a las realidades de la guerra”. Así pues, la favorabilidad del 71% que gozan los medios masivos de comunicación, también pueden hablarnos del nivel de deshumanización que se vive en el país.

Influjo clerical y corrimiento ideológico: conservadurismo

Si, como hemos dicho, el pensamiento clerical se ha convertido en la losa *ideológica* sobre la cual se ha construido nuestra cultura política nacional (polarización social, visión maniquea de la sociedad), podemos decir que el

rasgo de conservadurismo que la Iglesia Católica, junto con la Procuraduría de Alejandro Ordoñez, han ayudado a consolidar en el NOS, ha generado tres impactos específicos en el carácter del colombiano promedio:

1. Una rigidez axiológica, entendida como una suerte de implacabilidad moral que lleva a moralismos profundos que impiden reconocer auténticamente a los otros en su integridad y en su diferencia;
2. El desarrollo de comportamientos y actitudes intolerantes:
3. El apego a la tradición (tradicionalismo), a los valores convencionales, a la incapacidad, imposibilidad o miedo de emprender procesos de transformación. Este impacto está vinculado a la resistencia al cambio, que refuerza un orden social refractario y homeostático, propio de los regímenes conservadores.

Estos impactos caracteriales son compartidos con el corrimiento ideológico que observamos en la dinámica político-electoral.

INSTITUCIONES	APORTE AL NUEVO ORDEN SOCIAL	EFEECTO EN LA SUBJETIVIDAD	ESTRATEGIAS
Fuerzas Armadas y de Policía	Militarización. Autoritarismo.	Miedo. Autocensura.	Incremento del pie de fuerza.
			Militarización de la policía.
			Plan de comunicaciones y propaganda.
Medios Masivos de Comunicación	Legitimación.	Alienación. Inautenticidad.	Institucionalización de la mentira.
			Redefinición de la Historia.
			Plan de comunicaciones y propaganda.
Iglesia y Procuraduría	Conservadurismo.	Apego a la Tradición	Establecimiento de una visión dicotómica.
		Rigidez axiológica	Persecución y arremetida al disenso.
		Intolerancia.	Exculpación y perdón a voceros del Nuevo Orden.
			Señalamientos y condena a la diferencia.

Tabla 6. Rasgos de la deshumanización de acuerdo a la cristalización de las instituciones.

Cultura traqueta: vaciamiento y relativismo axiológico e inautenticidad

La cultura *traqueta* tiene como referencia una estructura ética: la cultura del atajo, de la ventaja personal, del “sálvese quien pueda”. A nivel caracterial, esta cultura impacta profundamente respecto del vaciamiento axiológico, en donde los valores y las pautas sociales tienen sentido, en la medida en que me sean útiles, y donde los elementos fundamentales de la

existencia están habitados por el vacío. El carácter generado por la cultura mafiosa responde a los parámetros más instintivos, más viscerales, en donde el valor de la vida es relativizado y el reconocimiento de los otros siempre está mediado por una relación costo-beneficio. El utilitarismo, producto de la cosificación de los otros, nos lleva al establecimiento de un desprecio total por la humanidad.

Por otra parte, la cultura mafiosa centra sus prioridades en los exteriores: fingir no ser (ante las autoridades) y ser (ante los demás) a la vez; llevar una vida encaminada a los excesos, los lujos, la valoración efímera de la vida... La cultura mafiosa contribuye a la inautenticidad y al establecimiento de caracteres ambivalentes: los consumos burgueses amalgamados con las prácticas populares; los valores cristianos mezclados con comportamientos paganos y profanos; el deseo de superación y el reconocimiento de “lo barrial”, atado al arribismo, el machismo y formas múltiples de intolerancia.

A manera de cierre

Todo parece indicar que el Nuevo Orden Social (NOS) se está estableciendo en Colombia. El final del proceso subversor neosocialista ha coincidido con el cambio de *siglo histórico* que, de acuerdo a la realidad estudiada, representa el fin de un siglo de luchas álgidas y pasa a un nuevo período de pretensiones de cristalización reactiva de la vida. No existen elementos contundentes que nos lleven a pensar que el NOS se acercará a los ideales más grandes de hombres y mujeres que a lo largo de cincuenta años dieron lo mejor de sí (en algunos casos incluso sus vidas) para el establecimiento de un nuevo país y una nueva sociedad. La correlación de fuerzas da una señal a la baja.

En este proceso se han consolidado cuatro rasgos ideológicos que caracterizarían la esencia del NOS: la neoburguesía, el militarismo, el conservadurismo y la mafia. Estos cuatro rasgos han sido producidos y reproducidos a lo largo de los últimos veinte años a través de los medios masivos de comunicación y han generado impactos subjetivos muy profundos, a tal punto que en algunas ocasiones se comiencen a establecer caracteres personales que pueden ser definidos como reflejos de la ideología dominante. En este sentido, el correlato entre las dos estructuras psicosociales puede servir de alerta para advertir el nivel de consolidación del NOS que se nos ha impuesto por parte de las clases dominantes.

Afirmar que existen correlatividades entre ideología y carácter, nos permite inferir que la subjetividad ha incorporado elementos ideológicos como parte de su propia identidad. Este tipo de incorporaciones establecen rasgos caracteriales que terminan siendo útiles para la naturalización y posterior reproducción del NOS y su ideología: el miedo y la auto-censura,

la alienación, el apego a la tradición, la rigidez axiológica, la intolerancia, la inautenticidad y el vaciamiento y relativismo axiológico.

Puede que se generen incongruencias durante el proceso, sin embargo, es necesario entender que hemos caracterizado el momento que vivimos como un período de ajuste y compulsión, en donde, a medida que pase el tiempo, se irán refinando y estableciendo más claramente los rasgos ideológicos y sus correlativos rasgos caracteriológicos.

Aunque el panorama parezca desolador, la realidad histórica no puede reducirse a un campo yerto donde sólo crecen los cardos y los abrojos. Insistimos una vez más, que las caracterizaciones que hemos arriesgado son un producto sociohistórico, hecho por hombres y mujeres, y proclive a ser modificado.

No sería responsable y esperanzador, generalizar estas conclusiones al conjunto de la población colombiana. Seguimos reconociendo la dinámica de aquellas *minorías activas* (Moscovici, 1996) y *antiélites* (Herrera-Farfán y López, 2013), que continúan impulsando una transformación de la correlación de fuerzas, convirtiéndose a sí mismas en la conciencia crítica y activa, acaso la reserva moral, de la sociedad colombiana. Desde este lugar hemos escrito este texto, y nuestra única aspiración está en poder aportar a la corriente popular transformadora.

No pretendemos con lo que afirmamos dilapidar la esperanza y naturalizar la opresión. Por el contrario, conscientes del enorme riesgo que estamos observando, hemos querido señalar algunos elementos para aportar en el proceso de reversión histórica de estas dinámicas. Sin embargo, debemos aclarar que, aunque este sea nuestro deseo, no podemos dejarnos llevar ciegamente por él y terminar falseando la realidad que observamos a fin de lograr establecer un equilibrio emocional favorable. Si la realidad no se describe tal cual es, resultará imposible poder superarla o modificarla.

Que el Nuevo Orden Social, con sus rasgos ideológicos, no logre cristalizarse es una tarea que rebasa los límites de este texto y demanda de la investigación un compromiso real con el cambio. Los psicólogos debemos sumarnos a la tarea creativa y transformadora. Las tareas urgentes que Ignacio Martín-Baró (1986) dejara esbozadas para la psicología de la liberación, siguen estando a la orden del día en Colombia.

Los cien años de soledad del clan de los Buendía han querido ser sacados de la literatura para imponerlos históricamente a las masas populares colombianas, acaso eternamente. Sin embargo, este pueblo maltratado, empobrecido, alienado y vilipendiado, sigue levantándose, organizándose y reconstruyéndose. Estamos en tiempos de defensiva, en épocas de reconstrucción y de preservación. La persistencia del Congreso de los Pueblos y la Marcha Patriótica, los paros campesinos de los últimos años, el foro urbano alternativo y la cumbre agraria recientemente

celebrados, sólo nos pueden permitir seguir soñando. Con los pies en la tierra, pero seguir soñando. Un sueño colectivo, que lejos del delirio o del emocionalismo, fije sus metas en las duras condiciones de la realidad.

De la creatividad colectiva dependerá poder tejer los diálogos interregionales, intergeneracionales; poder tender puentes entre lo diverso y múltiple. Construir la unidad de la diversidad. Como intelectuales nos tenemos que acometer al trabajo de traducción teórica, como lo sugiere Boaventura de Sousa Santos, para ayudar a que esa gran masa abstencionista (tabla 7) represente en realidad un descontento activo y dinámico, que se constituya en un verdadero rechazo y resistencia al NOS que nos quieren imponer.

POSICIÓN FRENTE AL NOS	2002	2006	2010		2014
Abstención	46,46%	54,95%	50,71%	55,66%	59,93%
Voto en blanco	1,16%	1,91%	1,53%	3,40%	5,99%
Votos Nulos y “No Marcados”	0,81%	1,47%	1,40%	1,76%	2,75%

Tabla 7. Comportamiento del descreimiento electoral en las elecciones Presidenciales

Ningún proceso histórico puede adquirir para nosotros el carácter de natural y eterno. Ante el establecimiento del NOS vendrá un nuevo proceso subversor. Es el momento de caracterizar nuestro momento para allanar el camino hacia ese escenario de transformación creativa. Es menester prepararnos para hacer parte de la antiélite intelectual que acompañe y dinamice ese proceso. Eric Hobsbawm afirmaba que los cambios sociales no los hacían los intelectuales sino los pueblos; sin embargo, también fue claro en afirmar, que sin los intelectuales tampoco podían adelantarse esos cambios. La tarea creativa nos está esperando, la realidad lacerante nos obliga a tomar partido y avanzar en la reconstrucción.

Referencias

- Aristizábal, J. (2007). *Metamorfosis. Guerra, Estado y globalización en Colombia*. Bogotá: Ediciones Desde Abajo.
- Barrero, E. (2008). *De Macondo a mancuso. Conflicto, violencia política y guerra psicológica en Colombia*. Bogotá: Ediciones Cátedra Libre y Fundación América Nuestra.
- Benjamin, W. (2007). *Conceptos de filosofía de la historia*. La Plata: Terramar ediciones.

- Berrió, C. M. (2012). "Únete a la causa: propaganda en el conflicto armado en Colombia". *Revista Anagramas*, Vol. 10, No. 20, pp. 147-164.
- Calvo, H. (2007). *El terrorismo de Estado en Colombia*. Caracas: Fundación editorial el perro y la rana.
- Cárdenas, M. E. (2014). "Camilo Torres y Orlando Fals: antiélite, utopía y pluralismo. Colombia 1958-2008: lecciones para la historia". En: Fundación Colectivo Frente Unido (ed.), *Unidad en la diversidad. Camilo Torres y el Frente Unido del Pueblo* [pp. 356-386], Bogotá: Ediciones Desde Abajo-Corporación Kabisilla, Periferia Fondo Editorial-Fundación Colectivo Frente Unido.
- Cepeda, I.; Girón, C. (2006) "La guerra sucia contra opositores políticos en Colombia". En: Carrillo, V.; Kucharz, T. (ed.), *Colombia: Terrorismo de Estado. Testimonios de la guerra sucia contra los movimientos populares* [pp. 147-171], Bacarlona: Icaria Editorial.
- Diario El Nuevo Siglo (s.f.). Mindefensa presenta campaña "Te llevo en mi corazón, correo de la gratitud".
<http://www.elnuevosiglo.com.co/audio/mindefensa-presenta-campa%C3%B1a-te-llevo-en-mi-coraz%C3%B3n-correo-de-la-gratitud.html> (consultado el 15 de junio 2014).
- Diario El Tiempo (2014). Discos y afiches de "Terror", hijo de Ramón Isaza, fueron repartidos en evento oficial del Ejército. <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-13709995> (consultado el 10 de junio de 2014).
- Dnp (2005). *Visión de Colombia II Centenario: 2019*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Fajardo, C. (2010). *Rostros del autoritarismo. Mecanismos de control en la sociedad global*. Bogotá: Ediciones Le Monde Diplomatique.
- Fals-Borda, O. (1967). *La subversión en Colombia. El cambio social en la historia*. Bogotá: Fica-Cepa, 2008.
- Fanon, F. (1961). *Los condenados de la tierra*. Buenos Aires: FCE, 2009.
- Fanon, F. (1958). *Piel negra, máscaras blancas*. La Habana: Editorial Caminos, 2011.
- Flórez, C. A. (2013). *Derecha e izquierda en Colombia, 1920-1936. Estudio de los imaginarios políticos*. Medellín: Universidad de Medellín.
- Fundación Colectivo Frente Unido (2014). *Unidad en la diversidad. Camilo Torres y el Frente Unido del Pueblo*. Bogotá: Ediciones Desde Abajo-Corporación Kabisilla, Periferia Fondo Editorial-Fundación Colectivo Frente Unido.
- Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2006.

- Gallup (2013). *Gallup Pool. Encuesta #293*.
- Giraldo, J. (1996). Colombia, esta democracia genocida. http://www.javiergiraldo.org/IMG/libros/Colombia_democracia_genocida.pdf (consultado el 10 de junio 2014).
- Giraldo, J. (2003). *Guerra o democracia*. Bogotá: FICA.
- Giraldo, J. (2004). El terrorismo de Estado. <http://www.javiergiraldo.org/spip.php?article88> (consultado el 10 de junio 2014).
- Giraldo, J. (2009a). Conflicto y derecho internacional humanitario en Colombia. <http://www.javiergiraldo.org/spip.php?article190> (consultado el 10 de junio 2014).
- Giraldo, J. (2009b). *¡Testigo de excepción! Carta de objeción de conciencia a la Fiscalía General de la Nación*. Bogotá: CINEP.
- Gmh (2013). *¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- González, C. A. (2014). Reección, recomposición de la derecha “pura y dura” y oportunidad para la izquierda. <http://www.colombiainforma.info/politica/111-analisis-politico/1451-reeleccion-recomposicion-de-la-derecha-pura-y-dura-y-oportunidad-para-la-izquierda> (consultado el 20 de junio 2014)
- González, M. F. (2014). Por sus palabras los conoceréis: análisis discursivo de las campañas. <http://www.razonpublica.com/index.php/politica-y-gobierno-temas-27/7664-por-sus-palabras-los-conocer%C3%A9is-an%C3%A1lisis-discursivo-de-las-campa%C3%B1as.html> (consultado el 8 de junio 2014)
- Gordillo, C.; Federico, B. (2013). *Apuntando al corazón*. <http://www.youtube.com/watch?v=LbuXjhEDUYY> (consultado el 9 de junio 2014)
- Guerrero, M. E. (2014). “La nueva “Escuela de las Américas” se llama Colombia”. <http://sur.infonews.com/notas/la-nueva-escuela-de-las-americas-se-llama-colombia> (consultado el 7 de junio 2014)
- Herrera-Farfán, N. A. (2010). Reflexiones sobre la Colombia de hoy en un período preelectoral. <http://www.aporrea.org/tiburon/a99529.html> (consultado el 8 de junio 2014).
- Herrera-Farfán, N. A. (2013a). “Colombia: democracia de hierro y violencia política. Una aproximación desde la Psicología Social (1960-2010)”, *Pacarina del Sur [En línea]*, año 4, núm. 14, enero-marzo, 2013. <http://www.pacarinadelsur.com/home/abordajes-y-contiendas/601-colombia-democracia-de-hierro-y-violencia-politica->

- una-aproximacion-desde-la-psicologia-social-1960-2010 (consultado el 15 de julio 2014).
- Herrera-Farfán, N. A. (2013b). "Orlando Fals Borda, pedagogo de la praxis". Quito: inédito.
- Herrera-Farfán, N. A.; López, L. (comps.) (2013) *Ciencia, compromiso y cambio social*. Buenos Aires: El Colectivo.
- Houtart, F. (2014). "Camilo Torres, un luchador de nuestro tiempo". En: Fundación Colectivo Frente Unido (ed.), *Unidad en la diversidad. Camilo Torres y el Frente Unido del Pueblo* [pp. 15-37], Bogotá: Ediciones Desde Abajo-Corporación Kabisilla, Periferia Fondo Editorial-Fundación Colectivo Frente Unido.
- Jaramillo, D. (2007). *Satanización del Socialismo y del Comunismo en Colombia, 1930-1953*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Klein, N. (2007). *La doctrina del shock: el auge del capitalismo del desastre*. Barcelona: Paidós ibérica.
- La silla vacía (2014). Los grandes cacaos financian a Óscar Iván. <http://lasillavacia.com/queridodiario/los-grandes-cacaos-financian-oscar-ivan-47674> (consultado el 1 de junio 2014).
- Lira, E. (1987a). "Subjetividad y represión política: intervenciones terapéuticas". En: Montero, M. (Coord.), *Psicología Política Latinoamericana* [pp. 317-346], Caracas: Editorial Panapo.
- Lira, E. (1987b). "Psicología del miedo y conducta colectiva en Chile". *Boletín de AVEPSO*, Julio de 1989.
- Lira, E. (1990). "Guerra psicológica: intervención política de la subjetividad colectiva". En: Martín-Baró, I. (Coord.). *Psicología Social de la Guerra* [pp. 137-158], San Salvador: UCA Editores, 2000.
- Lira, E. (ed.) (1994). *Psicología y violencia política en América Latina*. Santiago de Chile: ILAS.
- Lira, E.; Castillo, M. I. (1991). *Psicología de la amenaza política y el miedo*. Santiago de Chile: CESOC-ILAS.
- Martín-Baró, I. (1985). "La encuesta de opinión pública como instrumento desideologizador". *Cuadernos de Psicología*, 1/2, pp. 93-108.
- Martín-Baró, I. (1986). Hacia una psicología de la liberación". *Boletín de Psicología* 22, 219-231.
- Martín-Baró, I. (1987). "El latino indolente. Carácter ideológico del fatalismo latinoamericano". En: Montero, M. (Coord.), *Psicología Política Latinoamericana* [pp. 135-162], Caracas: Editorial Panapo.
- Martín-Baró, I. (1983). *Acción e ideología. Psicología social desde Centroamérica*. San Salvador: UCA Editores, 2010.

- Martín-Baró, I. (1988). “La psicología política latinoamericana”. En: Pacheco, G.; Jiménez-Domínguez, B. (Comps.), *Ignacio Martín-Baró (1942-1989): psicología de la liberación para América Latina* [pp. 91-114], Guadalajara: Universidad de Guadalajara – ITESO.
- Martín-Baró, I. (1990). “La violencia política y la guerra como causas del trauma psicosocial en El Salvador”. En: Martín-Baró, I. (Coord.). *Psicología Social de la Guerra* [pp. 65-84], San Salvador: UCA, 2000.
- Martín-Baró, I. (1998). *Psicología de la Liberación*. Madrid: Editorial Trotta.
- Mejía, O. (2010). “Cultura política mafiosa en Colombia”. *Revista Ciencia Política* 10, 219-231.
- Moscovici, S. (1996). *Psicología de las minorías activas*. Madrid: Morata.
- Navas, A. (2011). Discurso sobre la campaña institucional de “Fe en la causa”. <https://www.youtube.com/watch?v=InYX3EJsHZ8> (consultado el 1 de junio 2014).
- Ncos, Sago y otros (1995). *Tras los pasos perdidos de la guerra sucia: paramilitarismo y operaciones encubiertas en Colombia*. Bruselas: NCOS.
- Organización Mundial contra la Tortura (1992). *El terrorismo de Estado en Colombia*. Bruselas: NCOS.
- Perea, C. M. (1996). *Porque la sangre es espíritu: imaginario y discurso político en las élites capitalinas (1942-1949)*. Bogotá: Editorial Santillana.
- Proyecto Colombia Nunca Más (2000). *Colombia Nunca Más. Crímenes de lesa humanidad. Volumen 1: Zona 14: Magdalena Medio y Nordeste Antioqueño*. Bogotá: Asfades.
- Quinny (2013). “La pluralidad de voces y el duopolio de RCN y Caracol”. <http://radiomacondo.fm/2013/12/22/la-pluralidad-de-voces-y-el-duopolio-de-rcn-y-caracol/> (consultado el 3 de junio 2014).
- Revista Semana (2014). “¿Qué tanto se habla de los militares en La Habana?”. <http://www.semana.com/nacion/articulo/militares-proceso-de-paz-se-toca-el-tema-en-la-habana/390517-3> (consultado el 10 de junio 2014).
- Rincón, O. (2009). “Narco.estética y narco.cultura en Narco.lombia”. *Revista Nueva Sociedad*, No. 222, pp. 147-163.
- Romero, G. (2014). “El poder militar es más alto que si existiera una dictadura”. <http://confidencialcolombia.com/es/1/105/12438/%E2%80%9CEl-poder-militar-es-m%C3%A1s-alto-que-si-existiera-una-dictadura%E2%80%9D-Estado-sigue-tratando-desaparici%C3%B3n->

- forzada-por-puerta-atr%C3%A1s-Germ%C3%A1n-Romero-abogado-desaparecidos-Palacio-Justicia.htm (consultado el 4 de junio 2014).
- Rozitchner, L. (2011) *Acerca de la derrota y de los vencidos*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional & Quadrata.
- Samayoa, J. (1990). "Guerra y deshumanización: una perspectiva psicosocial". En: Martín-Baró, I. (Coord.). *Psicología Social de la Guerra* [pp. 42-64], San Salvador: UCA Editores, 2000.
- Torres R., C. (2010). *El sueño de Camilo. Selección de textos*. Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.
- Velásquez R., E. de J. (1995). *Imaginario de la intolerancia en Colombia*. Ibagué: Apolo.
- Vega C., R. (2002). *Gente muy rebelde. Volumen 4: Socialismo, cultura y protesta popular*. Bogotá: Ediciones Pensamiento Crítico.
- Vega C., R. (2014). "La formación de una cultura "traqueta" en Colombia". *Revista Ceba* 9(18). <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=180935> (consultado el 5 de junio 2014).
- Villegas, J.; Rivas M., G. (1974). *Libro negro de la represión, 1958-1980*. Bogotá: Fica, 1980.
- Watson, P. (1982). *Guerra, persona y destrucción. Usos militares de la psiquiatría y la psicología*. México DF: Editorial Nueva Imagen.
- Zuleta, E. (1998) *Colombia: violencia, democracia y derechos humanos*. Cali: Fundación Estanislao Zuleta.

Fecha de recepción: 27 de mayo 2014

Fecha de aceptación: 11 de octubre 2014